

***El Tuerto de  
mi Amada***

**Elías Alejos**

EL TUERTO DE MI AMADA

Elías Alejos

**Elías Alejos**

**El Tuerto  
de mi  
Amada**

# EL TUERTO DE MI AMADA

---

© Elías Alejos

---

Autor-Editor:

Elías Alejos

*elias.alejoes@gmail.com*

Calle Batería Independencia 299

Urb. Santa Catalina, La Victoria, Lima – Perú

Ira, edición - enero 2022

**HECHO EL DEPOSITO LEGAL EN LA BIBLIOTECA  
NACIONAL DEL PERU N° 2021-13221**

Se terminó de imprimir en octubre del 2018 en:

**HECHO POR COMPUTADORA**

Calle Batería Independencia 299

Urb. Santa Catalina, La Victoria, Lima – Perú

Carátula: “Mabel” de Elías Alejos

Impreso en el Perú / Printed in Peru.

---

© Derechos Reservados

---

*Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por  
cualquier medio.*



*Por los años maravillosos en la  
G.U.E. José María Eguren -Barranco*



## EL TUERTO DE MI AMADA

### CAPÍTULO I

No éramos santos. Tampoco unos malogrados.

Ahora, aquella campiña seca de cortijos moribundos dejados al olvido, se refleja en los vidrios polarizados de mis anteojos, es todo lo que atino a reflexionar. Bueno, yo sí era santo, por mi apellido.

No han transcurrido muchos años, la reconozco por completo, sigue igual pero no intacta. Ya no es verde, aunque tampoco era del todo verde en esos años, ya estaba en decadencia. Tal vez la idealicé en mis recuerdos. Será que crecí varios centímetros desde la última vez que anduve por estos lares, será que los años han curtido mis emociones, o será que simplemente al conocer más lugares, mi mundo se ensanchó. No sé, pero ahora la vuelvo a ver y compruebo que toda perspectiva es subjetiva. Ahora me parece más pequeña y débil que en aquellos años de mi adolescencia. La campiña ahora solo es un fundo rústico nada atemorizante.

Eso me recuerda, que yo era un miedoso. Era un chiquillo nervioso ante las situaciones nuevas, los sucesos no eran familiares. En ese entonces cualquier variación en mi rutina acostumbrada representaba para mí, no una vivencia por experimentar, sino un cambio estresante. Por más breve o pequeño que haya sido el evento, yo no sabía cómo reaccionar, me embargaba la inseguridad, acostumbrado a la sobreprotección de mis padres, lo único que podía hacer era aceptar sin protestar, y rogaba que todo salga bien, aunque no

sabía qué. En efecto, solo aceptaba, algunas veces en silencio e inmóvil, en otras, inquieto murmuraba algo que ni yo mismo entendía. ¡Gracias mamá, gracias papá!, ustedes contribuyeron mucho en eso. Yo era de aquellos a quienes rápidamente les palpitaba el corazón o sudaban las manos. En ese entonces lo desconocido era un desafío insufrible para mis emociones, no como ahora, que al ver la ubicación del fundo lo reconocí en el papel y creí que sería emocionante retornar a la fuente de mis más marcados recuerdos, mi mayor experiencia de vida, de mi entonces corta vida, creí que mi pecho desbordaría, sin embargo, al subir a la camioneta solo me motivó decir «será interesante» sin más emoción. Ahora, frente a esta finca, no siento nada. Acaso pensaba verme a mí mismo caminar esta senda polvorienta, tomado de su mano. Tal vez pretendía verme agarrándome a golpes con mi mejor amigo de ese entonces. Nada. Acaso tal vez con la decepción de no sentir alguna emoción.

Y sin embargo, sucedió.

La mayoría de mis compañeros habían pasado la primera etapa de la adolescencia: la pubertad. Orgullosos de sus primeros y ralos bellos púbicos. Algunos compañeros habían sido precoces, tal vez demasiado, casi no asistían a clases o peor aún nunca asistieron un solo día, como era el caso de quien le decíamos el Toyo, alumno regular hasta el tercer año de secundaria, pero cuyo paradero desconocíamos en el cuarto año. El indolente silencio era la respuesta cuando los profesores al pasar asistencia lo llamaban por su apellido. Ya entonces se sabía que al Toyo se le podía encontrar muy bien uniformado cuadernos en mano a unas cuadras rondando el colegio de mujeres o paseando por alrededores del puente con una chica también uniformada. Me parecía raro que afirmaran eso, yo solía ir a jugar a los acantilados y no había visto nunca al Toyo rondando el puente. Entonces me preguntaba qué era eso de enamorarse, qué poder había en el enamoramiento capaz de hacer a un adolescente dejarlo todo por estar al lado de una

